las plantas, de los minerales, es decir, su inteligencia, su voluntad, su libertad. Si este homenaje fuese obligado por la evidencia, dejaria de ser el homenaje de un sér inteligente y libre, el homenaje del hombre, es decir, que en semejante acto no habria ya *homenaje*, *actividad humana*, sino un movimiento pasivo de la naturaleza material. Si la verdad religiosa, el conjunto de todas las perfecciones, Dios, se presentase desde luego visible y radiante como el sol, no podriamos resistirnos á su imponderable actividad: nuestra razon, nuestra voluntad, nuestra libertad se precipitarian, se anonadarian repentinamente en él; pero no habria en ello mérito ni demérito, y nuestras relaciones con la Divinidad serian mucho menos nobles que las que tuviésemos con el último de nuestros semejantes. Hasta puede decirse que se trastornaria toda nuestra situacion acá en la tierra; que se cortarian todas nuestras relaciones naturales, y que estariamos sumerjidos en un éstasis continuo sin resistencia posible, sin libertad, sin reflecsion ni retorno, es decir, sin vida; y que Dios, el orígen de nuestro sér, llegaria á ser su nada. Una religion que estuviese poco conforme con la naturaleza humana, y que respetase tan poco sus derechos, no seria seguramente la del Autor de esta misma naturaleza que se los ha concedido. Al contrario, la religion que obra en el hombre por medio de sus facultades naturales é imprescriptibles, la razon y la voluntad, que deja en juego á la libertad humana, que se sirve de la inteligencia para el culto de la inteligencia, de la voluntad para el culto del amor, es por esto solo una religion que lleva un sello eminente de verdad. No es preciso por esto que haya evidencia irresistible ni obscuridad impenetrable: basta que se preste á la investigacion, que haya motivo de mérito y posibilidad de ambas cosas. Entonces empieza la actividad humana, el *homenaje;* págase el tributo; se establece reciprocidad entre el hombre y Dios: y el hombre se posee á sí mismo poseyendo á Dios.

Por último, la tercera razon que procede naturalmente de la primera, pero que merece sin embargo un desenvolvimiento particular, es que la religion no debe ser tan solo un homenaje libre é inteligente del hombre á Dios, sino un medio de perfeccionar y moralizar al hombre por el ejercicio de este homenaje. El hombre es por naturaleza esencialmente perfeccionable y meritorio en todas sus facultades: el objeto de la religion es desarrollar esta naturaleza y conducirla á la práctica de todas las virtudes. Para esto es necesariamente indispensable que la voluntad humana esté en ejercicio, esté en lucha; conviénele, no una posesion inmediata del soberano bien que la absorberia sin permitirla desarrollarse, sino una carrera en cuyo término se le aparezca como cubierto por la polvadera del combate, y en la cual tenga esperanza de conquistarlo. Quien tiene esperanza está muy cerca de la fé (1). No hay moralidad sin libertad; no hay libertad donde la evidencia del bien no permite ninguna duda en su investigacion. Ver toda la naturaleza del bien, es ver todo el interés del bien; limitar la vista al interés del bien es desterrar la virtud y sustituirle el egoismo: de ahí aquella hermosa frase de la Santa Escritura: *el justo vive de la fé.* "Debemos amar la virtud por razon, dice Mallebranche, y no por instinto. Dios quiere que le sirvamos por la fé; pero por una fé contenta con sus promesas y asegurada en su palabra, á pesar de las dificultades y de la aridez. El placer es la recompensa del mérito y no su principio (1)." El principio del mérito en todas las cosas, aun las mas inconecsas con la religion, es siempre la fé. Esperar contra la esperanza, abrazar el bien bajo la figura de un sacrificio, y no reconocer con evidencia su deleitacion sino cuando se ha bebido el cáliz hasta las heces, hé ahí la virtud. Notadlo bien: la misma objecion que haceis á la religion podeis hacerla con mucha mas fuerza á la conciencia, cuya ley sin embargo no poneis en duda. Los principios y los encantos de la virtud no nos los revela la conciencia con evidencia irresistible. ¿Cuántos hombres hay que la tienen ofuscada por los vapores de su temperamento, por las preocupaciones de la educacion, por las seducciones ó los desengaños de su condicion social? En una palabra, ¿no la tienen todos los hombres mas ó menos empañada por las pasiones? Y fuerza es que suceda así; si no, no seria una *virtud.* No obstante, ¿es por esto menos obligatoria, tarde ó temprano menos vengativa?... "Nada hay tan amable como la virtud, dice Juan Jacobo; pero por reconocerla tal es preciso poseerla. Cuando el hombre quiere abrazarla, semejante al proteo de la fábula, toma al principio mil formas espantosas, y no se muestra al fin bajo su propia figura sino á aquellos que no se la han dejado arrebatar (2)." Esta bella espresion puede aplicarse palabra por palabra á la fé, que es la virtud del entendimiento, á la esperanza, que es la virtud del corazon, y que convidándonos á mas noble desarrollo y á una felicidad mayor, deben asimismo convidarnos á una lucha mas sostenida (3).

Para resumir pues en esta importante cuestion, dirémos, que preguntar el por qué la religion no es evidente, es preguntar ¿por qué Dios no es enteramente comprensible? ¿por qué el hombre es inteligente y libre? ¿por qué es perfeccionable y meritorio, y por qué debe hacer uso de sus facultades en sus relaciones con el que se las ha dado, y mejorar sus facultades con este uso? ¡Cosa rara! El cristiano defiende de tal modo los intereses de la razon y de la libertad, que quiere hacerlas participar del divino comercio del hombre con su Autor, y el incrédulo quisiera que esta razon y esta libertad fuesen aterradas por la evidencia como una víctima que un golpe inesperado derriba al pié del altar. Es verdad que la religion ecsije que nuestra razon se le sujete; pero es en favor de nuestra misma razon. Invita á nuestra razon á que reconozca

(1) La fé es la sustancia de la esperanza, dice admirablemente S. Pablo.—*Fides substantia rerum sperandarum.*

(1) Médit. chrét., 14, 18.
(2) Emilio.
(3) *Regnum Dei vim patitur et violenti rapiunt illud.*

por sí misma que está en la alternativa de someterse ó rebelarse contra la razon soberana de Dios; y el incrédulo quisiera el sacrificio de la razon, sin que ésta interviniese en ello, por desvanecimiento, por una fuerza irresistible, por la fatalidad, como un cuerpo bruto que cae en el centro de la tierra, y no como un astro que gravita al rededor del sol.—¿Cuál de estos dos sistemas hace mas honor á la dignidad del hombre? ¿cuál es mas conforme con su naturaleza, y por consiguiente con la verdad?

"En hora buena, decís vos; pero es un honor que "nos cuesta muy caro, puesto que nos obliga á em-"prender un estudio profundo de la religion, so pe-"na de ser eternamente condenados; y ¡cuántos "hombres no tienen la capacidad ni la oportunidad "que ecsije un trabajo semejante! ¡Cuántos pue-"blos hay para quienes no ha lucido todavía el "sol del Evangelio! ¡Cuántos hombres miserable-"mente perdidos, ya que *fuera de la Iglesia no hay* "*salvacion!* Mi conciencia y mi razon rechazan ta-"maña injusticia, y atribuírsela á Dios es hacerle "un ultraje."

Sosegaos, amigo mio, y atended. Hay efectivamente en este movimiento de indignacion algo de verdad, pero que degenera en sofisma por la confusion y la ecsageracion de las cosas.—Esa viva solicitud por los pueblos que nunca han oido hablar del cristianismo, ¿no puede ser acaso una ilusion de nuestra secreta resistencia á la verdad, que nos hace oponer á la luz que nos deslumbra las nubes lejanas que la ocultan á otros? Coloquemos, en el lugar de la religion, la filosofía y la moral consideradas como hijas de la civilizacion: ¿se nos ocurrirá por ventura dudar de su verdad, porque los hotentotes no las conozcan? ¿No nos alegramos de encontrar en la mácsima *fuera de la Iglesia no hay salvacion*, una tacha que nos ha de servir como de broquel para oponer á la verdad? ¿No nos complacemos en ecsagerar su vigor, y ponderando escesivamente la severidad de la religion, no le hacemos pronunciarse demasiado pronto contra los idólatras, con el fin, sin duda, de sustraernos á las decisiones que ha dado ya contra nuestra conducta?...

Abandono estas cuestiones á vuestra buena fé, y os suplico que la dejeis desenredar todos esos menguados sofismas de vuestro corazon, hasta que yo conteste directamente, y me atrevo á deciros de una manera satisfactoria, á la parte de vuestra objecion relativa á los pueblos que están en una ignorancia invencible de la ley evangélica.—Dejémosla pues en la actualidad, y hablemos de nosotros mismos.

Para los que nos hallamos inundados de la luz del Evangelio, esta objecion es la mas fútil de cuantas pueden hacerse; aun digo mas: si ella impide que la verdad cristiana nos convenza, nuestra es la culpa.

Todos nosotros hemos sido educados en esta religion, todos hemos poseido la fé en nuestra juventud: ¿de qué modo empero algunos ó la mayor parte de nosotros la hemos perdido?—Dejándonos llevar en nuestra conducta á estravíos vituperables á los ojos de la simple razon; apoyando en estos estravíos razones interesadas para no creer en una religion que los proscribe y condena; buscando el error mas cómodo de una filosofía que coloca todas las virtudes en la imaginacion y todos los vicios en la práctica; en una palabra, dejando de raciocinar para seguir las inspiraciones falaces de la pasion.—¿No es esto ecsacto?—¿Encontraréis muchos hombres, que conservando toda la integridad de sus costumbres, no hayan conservado al mismo tiempo toda la integridad de su fé? De aquí deduzco yo, que el ofuscamiento de la verdad religiosa que se ha obrado en nosotros lo hemos producido nosotros mismos, y que ella, no solamente hubiera continuado iluminando nuestros ojos, sino que se hubiera acrecido con los progresos de nuestra inteligencia, si no la hubiésemos dejado estinguirse, y hasta trabajado en repudiarla. Es verdad que hemos atravesado dias infaustos, en que todas las tradiciones religiosas han sido quebrantadas, rotas todas las tradiciones, y en los cuales el sol de la fé ha estado cubierto por los vapores de una impiedad sistemática. Nuestra generacion ha crecido, ha andado á tientas en la noche de la ignorancia y de la preocupacion, y sin duda la justicia soberana se habrá satisfecho con las calamidades públicas que nos ha enviado, para tratar despues con indulgencia á cada uno de nosotros, supuesto que cada uno de nosotros no tiene poca parte de responsabilidad en la causa particular que he señalado á la pérdida de su fé, es decir, los desarreglos de su voluntad.—Tal vez algunos han abandonado ya esos desarreglos, esos estravíos, y sin embargo continúa la incredulidad ocupando su entendimiento; mas ¿qué hay de raro en esto? Nada: el entendimiento toma á la larga los pliegues del corazon, y acaba por retenerlos; y el alma despues de haber sido empobrecida y ofuscada por las pasiones, conserva el vacío y las tinieblas en que ellas la han sumerjido, y las preocupaciones y errores en que necesariamente ha sido envuelta. Añadid á todo esto, que el respeto humano por una parte y la indolencia moral por otra están siempre en el umbral de nuestra alma para impedir el retorno de una fé que el hombre no puede volver á abrazar sin singularizarse un poco, y sobre todo sin abrazar con ella las sujeciones que son el precio que la misma fé impone á su conversion y á las nuevas virtudes que forman su cortejo. Convengamos en que, si el sublime plan de la religion no ecsijiese mas que la aquiescencia de nuestro entendimiento; si no fuese mas que un sistema filosófico ó científico propuesto tan solo á nuestra razon, sin pedir nada á nuestro corazon, ¡con cuánto entusiasmo le abrazariamos y seguiriamos, y con cuánto menosprecio trataríamos á los incrédulos! Mas no es así; el conocimiento de la religion se halla de tal modo enlazado con la moralidad humana, que la debilitacion de ésta importa la decadencia de aquella y recíprocamente; y esta perfecta armonía entre la doctrina y la moral es una prueba brillante de la verdad de esta religion.—No es pues su oscuridad sino su santidad lo que nos hace incrédulos.

Pero ya que esta incredulidad procede de nues-

tra conducta, y que por este lado no tenemos de que quejarnos, ¿serán necesarios largos y profundos estudios para disiparla y restablecer la buena armonía entre nosotros y la religion? La esperiencia contesta que no.—La luz se halla colocada en medio de nosotros: si le abrimos los ojos, se aviva mas pasado algun tiempo, y despide al rededor de nosotros abundantes destellos de fulgor.—No se trata mas que de colocarnos en las condiciones necesarias para verla bien; y una de estas condiciones, que resulta de lo que acabamos de decir, es, racionalmente hablando, poner órden en nuestras costumbres. En efecto, para tener libres los ojos del entendimiento, conviene empezar por desembarazarle de las preocupaciones apasionadas del corazon, reponiendo á éste en una situacion de moralidad natural. Siendo por otra parte la verdad religiosa una verdad práctica, es claro que su luz no aumenta sino cuando se la sigue (1). Una vez tomada esta primera determinacion, lo demás se irá haciendo por sí mismo sucesivamente, y la fé irradiará al fin en nuestra alma con todo su esplendor. En efecto, á la mayor parte de los hombres, esto es, á todos aquellos en quienes las preocupaciones de una falsa ciencia no hayan ahogado enteramente el buen sentido (2), este buen sentido les dirá que una religion que mejora tan eminentemente al corazon humano es digna de los homenajes de su entendimiento. Este sencillo argumento nos lleva sin violencia á reproducir aquellas palabras de Montaigne: "Nuestra virtud es la señal evidente de nuestra verdad." Hé aquí lo que arrastra á las masas siempre electrizables con el contacto de la virtud; hé aquí lo que ha convertido al mundo, y lo que quita toda escusa á los que se obstinan en permanecer apartados de la religion: la santidad de su moral, el espectáculo de las sublimes virtudes de sus verdaderos discípulos. ¡Ah! á la vista de una sola hermana de la caridad.... los cielos se abren, se abaten para contemplarla, y la tierra que la sostiene, sin conocer todo su valor, brota flores de bendicion por do quiera que pone sus plantas.... ¡Cuántos otros brillantísimos rasgos de verdad hieren de continuo nuestros ojos y solicitan nuestra fé!—La perpetuidad de la religion (3), siempre la misma en medio de las instituciones humanas, las leyes, las costumbres, las doctrinas y los imperios de la tierra, que ruedan incesantemente en la variacion y la inconstancia.—Su indestructibilidad, que se fortalece con los mismos golpes que se la dan para destruirla.—Su invariable unidad, que no ha tolerado que despues de su primera emision se haya añadido ni quitado un ápice á su doctrina, á pesar de la natural debilidad de sus depositarios.—Su universalidad, que nos la presenta primero como la reina de las primeras naciones del mundo, y en seguida como el centinela mas avanzado de la civilizacion entre los pueblos mas apartados y mas salvajes.—Su aptitud para todas las inteligencias, que se deja comprender por el tierno niño que la aprende de memoria y la esplica, y á su vez es encanto é inagotable pábulo para el mas elevado genio que la contempla.—Sus recursos, en fin, tan inmensos como nuestras necesidades, y sus beneficios tan numerosos y tan variados como nuestras miserias. ¡Cuántos rasgos esplendentes de evidencia, sin que tengamos necesidad de trabajo ni de estudio para descubrirlos, y que mas bien debe el hombre hacerse violencia para no verlos!

Sé muy bien que hay algunos que no los ven ó que no se satisfacen con ellos, y que para esos es preciso un estudio mas profundo; pero ¿quiénes son esos? Los que pueden con mas facilidad y deben con mas justicia emprender este estudio; los que han llegado á esta ecsijencia y á esta prevencion *filosófica* contra la religion por el estudio hostil y mal dirijido que de ella han hecho ya. ¿No es pues lógico y justo que sean castigados por donde han faltado, y que si han empleado el estudio para entorpecer su juicio y falsificar sus ideas sobre la religion, sean condenados á buscar en un estudio mas profundo y mas concienzudo el enderezamiento de sus falsos y precipitados juicios? Es bien seguro que tienen menos necesidad de estudiar la religion, que de desaprender la irreligion. Pero por esto mismo, ¡cuántos tesoros de instruccion se abren delante del que se acerca de buena fé á la religion para estudiarla! Entrad en esas bibliotecas, y encontraréis alimento proporcionado á todas las condiciones: ved como los mas grandes ingenios han tratado las ciencias y han tomado todas las formas á fin de ilustrar, conmover, persuadir y encantar al entendimiento y al corazon. No concibo por consiguiente ninguna dificultad en los hombres para conocer la religion: lo que me admira es, al contrario, que cada cristiano tenga en su mano tal cúmulo de fácil instruccion, que hubiera debido bastar para convertir á todos los pueblos idólatras, y para convencer á todos los filósofos de la antigüedad.

De ahí se sigue que cuando se nos dice: sin fé no hay salvacion; no es raro que le cueste algunos esfuerzos á nuestro entendimiento el comprenderlo. Es muy racional y justo; porque si la religion es á la vez un homenaje de nuestra voluntad inteligente á Dios, y un medio de mejorar la voluntad por medio de este homenaje, es moralmente lógico que esta voluntad espíe proporcionalmente la sinrazon de su rebeldía por un penoso trabajo en su arrepentimiento.

IV.—Pero bastante nos hemos detenido ya debajo del pórtico, y ha llegado la hora de penetrar en el templo. Vamos, pues.

Decís que á vuestros ojos el dogma de la inmortalidad del alma es muy problemático. No lo estraño: tal vez hace mucho tiempo que dudais de este dogma. Es tan débil nuestra razon por sí, que cuando se separa de la fé no acierta á encontrar

(1) *Qui facit veritatem venit ad lucem.* Evang. S. Joan.

(2) "Es preciso confesar que se meten á veces cosas muy "raras en las cabezas de los hombres, dice Moliere en boca de "un hombre sencillo del pueblo que está hablando con un espíri-"tu fuerte, y que con frecuencia despues de haber estudiado "mucho se es menos sabio que antes. Yo, gracias á Dios, no he "estudiado como vos, caballero, y nadie podrá envanecerse de "haberme enseñado nada; pero con la ayuda de mis pobres sen-"tidos y de mi escaso juicio, creo ver las cosas mejor que todos "los libros." (*Le festin de Pierre*, acte III, scène I.)

(3) Nació el dia en que nacieron los dias.

ningun puerto en el vasto océano de la duda. La verdad religiosa, aun en lo que tiene de mas familiar para el entendimiento humano, no se le aparece entonces sino como aquella ilusion óptica que simulaba á la vista de Ulises, errante por los mares, las amables selvas de la patria. Siéntese en todas nuestras convicciones un sacudimiento general; degeneran primero en simples opiniones, despues en conjeturas, y en este estado se rehacen y desaparecen en nuestro entendimiento sin poderse fijar, y hacen pasar perpétuamente á nuestro espíritu por todos los grados de afirmacion y de negacion, desde la ecsistencia de un Dios hasta las verdades reveladas mas sencillas, sin que se pueda detener en ninguna, ya para admitirla, ya para desecharla.—Nuestro entendimiento no puede contener la verdad, é incesantemente aspira á recibirla; pero solo a fé puede proporcionarle la posesion de lo que busca.

El mejor medio, pues, para asegurarnos de todas las verdades religiosas, será remontarnos directamente á la religion cristiana, que es su centro y que las contiene todas en la fé. La prueba histórica del hecho de la revelacion y de la divinidad de su autor traerá necesariamente consigo todas las demás verdades del espiritualismo y de la teología. Teniendo abrazado el tronco, serán nuestras todas las ramas.

Mas este órden, seguido generalmente, y que yo estoy lejos de criticar, me parece que puede conciliarse con el órden inverso, que consiste en marchar de la circunferencia al centro, estableciendo sucesiva y progresivamente las verdades filosóficas y teológicas, y haciéndolas converjer todas hácia la divinidad del cristianismo, cuya prueba histórica viene en seguida en su ayuda, y las sella todas con el sello de la fé.

Semejante método me parece mas conducente, porque sin escluir al antiguo produce doble efecto: es mas nuevo y variado, y por consiguiente tiene mas atractivo y dirije mejor nuestra razon, demasiado recelosa para someterse de repente á nuestros misterios por una simple prueba histórica, y que tiene necesidad de ser conducida paso á paso á la fé, de manera que pueda convencerse por sí misma y que encuentre, no tanto un obstáculo en su vuelo, como una espansion de todas sus facultades: no tanto un límite, como una nueva carrera; y que se convenza que esa venda con que se la amenaza no es mas que una ayuda de su vista, que aclarándole y corrijiéndole todas las verdades naturales, le hará descubrir al contrario todo un mundo de nuevas verdades.

Preparada de este modo la razon, recibe las pruebas históricas como una confirmacion poderosa, que la adhiere con tanta mas fuerza á la doctrina, cuanto ésta se la ha hecho ya amable y asequible á la inteligencia.

Conozco que este método ecsije desenvolvimientos infinitos en el asunto, pues que va marchando de los argumentos generales á los particulares; pero no se crea que se convence siempre el entendimiento con la sencillez de las pruebas. Es verdad que le afectan con energía por un momento; mas muy luego se pierden en el vacío de la inteligencia, y acaban por estinguirse en el fondo de la ignorancia y de las preocupaciones. Es indispensable desarraigar primero estas preocupaciones, disipar esta ignorancia; desmontar, revolver en todos sentidos este terreno abandonado, y pasar en él muchas veces el arado; en fin, hacer desear la verdad dándola á conocer antes de gustarla, y hacerla gustar por medio de la prueba mas persuasiva y mas duradera, el aspecto de su inefable belleza. No se compromete la verdad con una prueba semejante: solo pide que se la juzgue de buena fé. La verdad se presenta siempre sin temor donde la buena fé la espera para juzgarla, y dejándose interrogar y ecsaminar en todos sentidos, haciéndose fácil y popular atrae á sí los mas orgullosos talentos, y acaba por remontarse y sentarse en el trono de su inteligencia.

Por lo demás, vase desarrollando actualmente en los espíritus un gusto generalizador, una necesidad grandísima de comprender las cosas bajo un aspecto mas amplio y mas absoluto; resultado sin duda del ansia por salir de la ignorancia que les consume, y que busca un alimento tan vasto como su capacidad. En semejante coyuntura el mejor medio para interesar y satisfacer esos espíritus en el estudio de la religion es mostrársela en toda su magnificencia, de frente, por decirlo así, á cuya ecsijencia se presta la religion mejor que ninguno de los sistemas del universo; la religion, que encierra en su seno cuanto hay de mas general y absoluto; que llena todos los tiempos, todos los lugares y todas las esferas; que encierra en sí la humanidad entera, y no es contenida ni encerrada mas que por Dios; ó mas bien que es el mismo Dios, único y verdadero objeto al cual sin saberlo buscamos.

Todas estas consideraciones me han hecho adoptar en la presente obra el siguiente plan: Dividirase en tres partes principales, que reunidas y separadas tendrán por objeto probar la divinidad del cristianismo, y formarán tres tratados en uno solo.

1.ª PARTE.—Pruebas preliminares ó filosóficas.

2.ª PARTE.—Pruebas intrínsecas ó teológicas.

3.ª PARTE.—Pruebas estrínsecas ó históricas.

Estas últimas denominaciones de *filosóficas*, *teológicas* é *históricas* espresan el matiz dominante en cada una de las partes; pero suplico que no se tomen demasiado al pié de la letra y en un sentido harto esclusivo y absoluto. Encontraránse citas históricas entre las pruebas filosóficas ó teológicas, y recíprocamente. La dificultad de establecer y fijar divisiones absolutamente limitadas en ciertos puntos es de la misma verdad, que á causa de su unidad y simplicidad no se presta á semejante descomposicion, y se la halla siempre toda entera en cualquiera parte donde se presente.—Finalmente, *el espíritu filosófico*, en la acepcion racional de esta

palabra, es decir, la penetracion respetuosa de las verdades y de los fundamentos de la fé por las luces naturales de la razon, reinará incesantemente desde el principio al fin de la obra, que deberá justificar su título de *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo.*

Desarrollemos entre tanto detalladamente cada una de las tres partes.

PRIMERA PARTE.

Se dividirá en dos libros, que se subdividirán así:

LIBRO I.

CAPÍTULO I. —El alma. 11.
CAPÍTULO II. —Dios. 19.
CAPÍTULO III. —Inmortalidad del alma. 23.
CAPÍTULO IV. —Una religion natural.—Refutacion del deismo. 32
CAPÍTULO V. —Necesidad de una revelacion primitiva. 42
CAPÍTULO VI. —Necesidad de una segunda revelacion. 55.

LIBRO II.

CAPÍTULO I. —Conformidad entre las dos revelaciones.—Esposicion. 70
CAPÍTULO II. —Moisés. 72
§ I. —Su antigüedad, su carácter y el de sus escritos.—El pueblo judío.
§ II. —Moisés juzgado por las ciencias en el siglo XIX.—Demuéstrase su inspiracion.
§ III.—Moisés considerado en el relato de la caida del hombre y en la promesa de su rehabilitacion por Jesucristo.
CAPÍTULO III. —La naturaleza humana.—Estudio psycológico sobre el hecho de la *caida* y de la *rehabilitacion.* 109.
CAPÍTULO IV. —Tradiciones universales. 115.
§ I. —Tradiciones sobre la caida del hombre.
§ II. —Estudio de los sacrificios.
§ III.—Tradiciones acerca de la rehabilitacion ó acerca de la esperanza de un libertador.
CAPÍTULO V. —La venida y el reino de Jesucristo. 147.
CAPÍTULO VI. —Resúmen y conclusion. 163.

Tal será la primera parte.

SEGUNDA PARTE.

Versará sobre las pruebas intrínsecas, es decir, la prueba de la divinidad del cristianismo sacada de lo que hay de sublime y de sobrehumano en su moral y sus dogmas, con relacion al estado y las necesidades de nuestra naturaleza, y por oposicion á la impotencia absoluta del espíritu humano para acercarse á ella.—Esta segunda parte se subdividirá como sigue:

CAPÍTULO I. —Preámbulo.—Transicion. 183
CAPÍTULO II. —Esposicion de la moral evangélica. 188
CAPÍTULO III. —Estudio sobre la divinidad de esta moral considerada en la sencillez de su principio y en la fecundidad de sus aplicaciones. 193.
CAPÍTULO IV. —El dogma. 207.
CAPÍTULO V. —Naturaleza y atributos de Dios. 209
CAPÍTULO VI. —La inmortalidad del alma y el cielo. 289. 216
CAPÍTULO VII. —El purgatorio. 226
CAPÍTULO VIII.—El infierno. 232
CAPÍTULO IX. —La redencion.—Su enseñanza. 243.
CAPÍTULO X. —La redencion.—Sus aplicaciones. 243.
CAPÍTULO XI. —La Trinidad. 257. y 266
CAPÍTULO XII. —La Iglesia. 282
CAPÍTULO XIII.—El protestantismo. 299
CAPÍTULO XIV.—Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.—Demostracion de esta doctrina dogmática. 320
CAPÍTULO XV. —La gracia y los sacramentos. 341
CAPÍTULO XVI. —La confesion y la eucaristía. 352
CAPÍTULO XVII. —El culto y sus ceremonias. 373.
CAPÍTULO XVIII.—La fé.—Conclusion. 384

Tal será la segunda parte. El órden que en ella me he propuesto está calculado sobre el pensamiento que preside á toda la obra, á saber, el conducir la razon por medio de suaves gradaciones, desde los puntos que le son mas simpáticos hasta aquellos contra los cuales está mas preocupada; de modo que no le presentarémos estos últimos hasta despues de haberle familiarizado con los primeros y de haber hecho que los contemple libremente.

TERCERA PARTE.

Abrazará las pruebas estrínsecas ó históricas, y se subdividirá como sigue:

CAPÍTULO I. —Prólogo. 393
CAPÍTULO II. —Jesucristo. 399
CAPÍTULO III. —Los Evangelios. 416.
CAPÍTULO IV. —Las profecías. 434.
CAPÍTULO V. —Los milagros. 467.
CAPÍTULO VI. —Establecimiento del cristianismo. 490
CAPÍTULO VII. —Efectos del cristianismo. 502
§ I. —En el órden moral.
§ II. —En el órden intelectual.
§ III.—En el órden social.
CAPÍTULO VIII.—Estabilidad del cristianismo en la perpetuidad de su constitucion católica. 522
CAPÍTULO IX. —Conclusion. 532
CAPÍTULO X. —Resúmen. 539.

¡Qué programa!!! Y ¿quién soy yo para desempeñarlo dignamente? ¿Quién soy yo para relatar todas estas grandezas del hombre y estos sublimes abatimientos de Dios? Seria necesaria para esto el

harpa de un profeta, ¡y yo no tengo en mis trémulos dedos mas que una tímida pluma!....

¿Revelaré de una vez el secreto de mi fuerza, y dejaré conocer á mis lectores lo que ha pasado en mí?.... Desde mi mas profundo abatimiento, cuando todo mi sér, retirado en el sentimiento de su impotencia, habia llegado á hacerse en alguna manera casi vecino de la nada, sentí que el espíritu de verdad se llegaba á mí, y tocando mi frente humillada, me dijo:

"Levántate: ofréceme tu debilidad y te daré mi "fuerza; abandona tus pensamientos y recibe en "cambio mis inspiraciones. Yo me complazco en "visitar á los humildes de corazon, y cuando ellos "creen que todo está perdido, me elevo yo sobre "las tinieblas de su ignorancia como la hermosa es-"trella de la mañana. En un instante les hago pe-"netrar mas secretos de mi verdad eterna, que no "aprenderá el hombre en diez años de estudio en "las escuelas; y esto lo hago sin ruido de palabras, "sin mezcla de opiniones, sin fausto de honores y "sin contienda de argumentos. Pero tengo sobre "todo una inclinacion particular á todos los que en-"tran generosamente en mis designios, que contri-"buyen con sus trabajos á la perfeccion del edificio "que estoy levantando, y que colocan sobre los ci-"mientos, que ya le he puesto, oro, plata, piedras "preciosas, ó leña y paja, cada uno segun sus fuer-"zas y las facultades que *mi gracia* y la naturaleza "le han dado.—Yo soy el que en otro tiempo salia "al encuentro de Job en sus nocturnas visiones, el "que murmuraba palabras misteriosas al oido de "Sócrates, y le enseñaba esta frase, la mas sabia y "progresiva de todas las ciencias humanas: *Todo lo* "*que sé consiste en saber que no sé nada.*—Yo soy "el que, para convertir y civilizar al mundo, esco-"jí y envié á su conquista doce pobres pescadores "de Galilea. Yo soy el que hablaba por boca de "Pablo en el Areópago de Aténas, y el sentimiento "de mi asistencia hacia decir á este *artesano*, doc-"tor de las naciones: *Cuando soy débil, por esto mis-*"*mo me encuentro fuerte, porque todo lo puedo en el* "*que me fortifica.*—Yo soy, en fin, el que he guia-"do la pluma de todos mis apologistas, desde Jus-"tino hasta Pascal, y el que acabo de quebrantar la "soberbia de un genio estraviado, que queria diri-"jirse contra mí, y cuyos golpes se han tornado con-"tra él mismo.... Deja que yo te sirva de guia, "pero tiembla al seguirme; porque si el convenci-"miento en que estás de tu insuficiencia me ha "atraido, él solo podrá detenerme á tu lado, y mis "inspiraciones quedarian desvanecidas ante los mas "leves vapores de tu orgullo."

PRIMERA PARTE.—LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

EL ALMA.

No es preciso ir á buscar muy lejos la prueba de esta primera verdad, porque el primer fundamento de su demostracion se encuentra en su misma enunciacion. Puede decirse, efectivamente, que por lo mismo que tenemos idea del *alma*, es necesario que esta idea sea verdadera.

No tenemos idea de nada que no suponga en sí un principio directo ó indirecto de ecsistencia. Podemos formarnos ideas falsas; pero no hay ni una sola idea falsa que no tenga sus elementos de verdad, y la falsedad no está sino en la agregacion de estos elementos. Por ejemplo, nada es mas imaginario que el animal fabuloso que llaman *hipógrifo*, y sin embargo, nada es mas verdadero que los elementos de que convienen en componerlo, á saber: un caballo, una águila y un leon. Si nosotros no tuviésemos anticipadamente la verdadera idea de estos tres animales, no podriamos tener la idea falsa de su compuesto; ó si estos tres animales no ecsistiesen en la naturaleza, y sin embargo tuviésemos idea de su compuesto, seria ncesariamente indispensable que este último ecsistiese por sí mismo, porque no se puede con nada hacer ó representar alguna cosa.

Siendo así, ¿quién hubiera podido comunicarnos la idea de alma? ¿Cómo se hubiera introducido esta idea en el mundo si careciese de realidad? Para que fuese una mera suposicion, seria preciso que hubiéramos tenido otras ideas anteriores con que formarla. Pero nos hallamos sumerjidos en un elemento material, y nuestros sentidos no nos comunican mas que ideas de materia; ¿cómo hubiéramos podido pues adquirir la idea de una sustancia que nada tiene de materia? ¿Puede la materia contener en su esencia una idea tan pura, tan simple, tan *inmaterial* como la del espíritu? ¿Cómo puede ser principio de lo que la niega y la escluye de su propio sér? ¿Cómo puede ser ella en el hombre lo que piensa, es decir, lo que para el mismo hombre es el convencimiento de que su sér es algo mas que materia? Entre la idea de materia y la idea de espíritu ecsiste un abismo insondable, que no es capaz de salvar la mas fecunda imaginacion: ambas se escluyen mútuamente. Pueden inventarse las modificaciones; pero no se han inventado nunca las sustancias: y si no, ¿quién se formará, por ejemplo, la idea de una tercera sustancia que no sea ni material ni espiritual? Desde luego aseguramos que nadie, porque no se sabe de donde podria tomarse la idea. Pues bien, sucederia absolutamente lo mismo á quien no quisiese usar mas que de su idea de la materia para formarse la idea del espíritu. Por consiguiente, si tenemos la idea del espíritu, es necesariamente porque esta idea es una *idea-principio.*